

que estaban á su lado y que también habían reconocido á sus padres, como ellas habían reconocido á sus maridos ó á sus hijos.

El hombre de las barbas meneó en ese instante la porra con ademán cabalístico, y la música rompió á tocar un aire que opacó los gritos de aquellas infelices, y cuyo estribillo decía:

¡Viva, viva el valiente Orihuela,
Su segundo Miguel Miramón!
¡Mueran, mueran los puros malditos
Y que viva nuestra religión!

Las valientes cruzadas de Puebla
No se asustan al oír el cañón.
¡Viva, viva el valiente Orihuela,
su segundo Miguel Miramón!



CAPÍTULO III

Las aventuras de Pancho Zarco

UN día entró Chava, y llamándome aparte me dijo que precisaba fuera á hablar con un amigo á quien podía prestar un servicio. Por calles extravíasadas llegamos hasta el Puente de Curtidores, dió mi acompañante no sé qué señas y contraseñas y nos introdujeron á una salita del piso bajo. Allí estaba con su gran nariz, su rostro anémico, su bigote caído y sus ojos chispeantes — ¿quién había de ser? — el espejo de los periodistas, el modelo de los caballeros, el jefe de los graciosos, Pancho Zarco, en fin, convertido en un conspirador de barba postiza y anteojos verdes.

Apenas me vió me echó los brazos al cuello lleno de alegría.

— Hola, comandante: ¿quién diablos había de recono-

certe en ese disfraz? ¡Tú, el ídolo de las damas, el del uniforme impecable, el de los rizos rubios, el oloroso á macazar, convertido en un pollero auténtico!... aquí me tienes más preso que Cristo en la casa de Caifás... He andado escalando azoteas, bajando al fondo de pozos horribles, disfrazado de cien mil maneras, y apenas en este Patmos me deja un poco quieto Lagarde... No me tragan, Juanito, no me tragan ni con cajeta de leche; y todo porque envió unas cuantas correspondencias mensuales á *L'Indépendance Belge*, al *Courrier des Etats Unis* y al *Herald*, de New York, noticiando las cosillas que aquí pasan... Ya habrás visto un folletito que redacté después de lo de Tacubaya... Si hubieras tenido el buen gusto de morirte entonces, te hubiera hecho una oración fúnebre que habría valido cualquier cosa.

Luego, como saben que estoy en correspondencia con la gente de Veracruz, tratan de pillar mi persona ó por lo menos mis cartas; pero no hay tal: les dejo con un palmo de narices con más frecuencia de la que ellos quisieran.

El otro día caminaba por la calle de Zuleta; iba á buscar á Lerdo, á saludar á Ramón Guzmán y á arreglar un negocillo con Michaud, y sobre todo, que este encierro forzado acaba por enervar el ánimo, por entristecer y por hacer daño... Hay veces que se sienten deseos de contemplar el cielo azul, de mirar rostros amigos ó indiferentes, de saber que no está uno solo en el mundo y de que hay

todavía quien hable y discurra para comunicarse con él... Iba ese día de lo más distraído, haciendo proyectos, encontrando que es agradable andar calles cuando se siente un sabroso picorcillo en las espaldas á causa del sol primaveral, y que los hombres no son tan feos ni tan malos como dicen los misántropos... De repente siento en el empedrado el ruido de un caballo con herraduras... Bien anda el noble bruto, pienso para la talma con que me abrigo, que es la misma que hoy me cubre... Se acercan caballo y jinete, y queriendo saber quién montaba un cuaco tan *bragao*, volteo el rostro y miro... algo peor que la cabeza de Medusa: el cuerpo y la cabeza de Lagarde, que caminaba pavoneándose en un penco alazán tostado, que bien valía quinientos duros.

Pero no había acabado de hacer la valuación del caballo, cuando conocí que el maldito polizone me había identificado, probablemente por esta *pispórria* que llevo en las espaldas... Puso al tranco el caballo, y yo apresuré el paso; le clavó las espuelas, y yo eché á correr... ¿A dónde meterme? En una casa de comercio estaba un alemán de barbas güeras, hablando con un gachupín chaparrito... Se miraron como diciéndose: «¿Estamos seguros? ¿No será un ratero á quien persiguen por haber cogido algo?» Unas señoras que salían á un balcón se recargaron en el barandal para mirar á su sabor la batida que se preparaba... Avanzo en mi carrera y no distingo más que puertas ce-

rradas como fisonomía de prestamista ante pedigüño insolente... De pronto, en la calle de Capuchinas, hiere mi vista una puerta con gran escudo dorado: dos animaluchos sostienen una elipse que lleva una letra que naturalmente no leo; uno de aquellos bichos tiene en la frente una punta que clava en la mía (en mi frente, ¿eh?), y entre los limbos del miedo, de la desesperación, de lo que tú quieras, oigo una voz interior que me dice: *la legación inglesa*; y al mismo tiempo recuerdo no sé qué fragmentos de Grocio, de Weaton, de los tratados que había ojeado en el Ministerio de Relaciones siendo un chiquillo, y sin esperar á más, me meto por la gran puerta en el momento que Lagarde subía su alazán á la banquetta... Todavía, para reponerme del susto y arreglar un poco mi indumentaria, me detuve un momento en el patio y ví á Lagarde estirándose los pelos de rabia, y á un numeroso concurso de ociosos y plebe que señalaba con el dedo haciendo comentarios... Subo al fin la escalera, pregunto por el ministro, me recibe, y al cabo de ocho días salgo lucio, gordo, relleno y convencido de que la hospitalidad inglesa vale lo que pesa de oro; pocos manjares, pero substanciosos, carne exquisita, grandes papas, pan blanquísimo, mostaza que saca lágrimas á los ojos, té que produce ensueños, famosas legumbres, buena cama, servidumbre excelente y ropa blanquísima.

Una noche salí en el coche de Mr. Otway, y después de

recorrer buena parte de la población, me dejan cerca de aquí y la policía ni me huele...

Otra vez el cuerpo me pedía aire, comunicación, alegría; este maldito carácter mío tan bullanguero y tan amante del trato de las gentes, me había de traer un nuevo disgusto, quizá más gordo que el otro... Era el martes de carnaval; hacía un sol espléndido, que alegraba el alma como una bebida embriagante y reparadora al mismo tiempo... La tardecita no era de invierno porque no hacía frío, ni de verano porque se sentía un airecillo que levantaba las faldas de las chicas que pasaban por la calle y meneaba los vuelos de las capas de los hombres... La ciudad era una sucursal de orates; no se veían sino máscaras, máscaras de todos tamaños, de todos tipos, de todos pelajes: dominós, pierrots, aldeanas, generales, *aguilitas*, caballeros Luis XIV, mosqueteros, todos, todos los disfraces... Los coches pasaban henchidos de gente, desbordantes de risas y de locuacidad; el ruido de cascabeles y panderetas se confundía con el de las carcajadas que lanzaban aquellos bienaventurados á quienes Miramón no perseguía... Bajé la calle del Coliseo Nuevo, y la concurrencia aumentaba; al entrar á Vergara, casi no se podía dar paso... Frente al Teatro Nacional me detuvo la multitud que aguardaba la venta de boletos para el baile, ó la llegada de máscaras lujosos y originales. ¡Qué de bromas y de chirigotas se decían allí, qué de donaires se dispara-

ban sin que se supiera que habían salido á luz!... De repente alguien dice: «¡Bonito moro ese que monta Lagarde!» «¡Y la silla tiene más plata que la Valenciana!» añade otro... ¡Maldito sea de Dios si en aquel instante me



acordaba de Lagarde ni de la madre que le había echado al mundo! Embriagado oyendo gente que esparcía ingenio y gracia por todas partes, no había tenido tiempo de pensar... en quien debía ser mi pensamiento único. Pero ante aquel aviso, no había que dudar; trato de esconderme entre la gente y de hacerme el desconocido; pero ya me ha visto el *cuico* y no hay forma de engañarle: entonces

me cuelo violentamente al teatro, pago á la entrada, cojo el primer disfraz que me dan, me lo planto y en compañía de otras muchas gentes que aguardaban me meto al salón... Veo sentada á una Locura de no mal palmito al parecer, la cojo del brazo y comienzo á dar vueltas en su compañía al compás de una música que se hace rajás... Cuando bailaba con más furia que atención á lo que se tocaba, entra Lagarde y ordena vayan desfilando ante él todas las máscaras y enseñándole el rostro, pudiendo sólo cubrirse cuando estuvieran en el lugar de las que ya hubieran pasado revista. Comienza la inspección, y ¿qué hago? Me llego ante un diurno, le digo que mi pareja es una gran señora que ha dejado su casa y está temerosa de recibir un castigo de su marido, y le confirmo la exactitud de esa noticia por medio de un argumento irrefutable: una oncita de oro flamante que le deslizo entre los dedos. Así pasamos del departamento de los no inspeccionados al de los examinados ya, por el pasillo de entrada á la platea... Cuando Lagarde se convenció de que la caza se había escapado, siguió haciendo investigaciones en el teatro y fuera, y al fin se alejó mordiéndose los bigotes mal humorado. Yo salí al cabo de un rato, dando el brazo á la Locura y resuelto á correrla en unión de otros camaradas...

— Y bien, continuó Pancho, me vas á decir que esto no puede seguir así, y que el día menos pensado me des-

cubren. Claro que sí, y claro también que no debo hacerme ilusiones, porque la he de pasar muy mal... ¡Cómo ha de ser! Si es antes de nuestro triunfo, tiempo sobraré de que mis amigos me salven; si es tras nuestra derrota definitiva, nada me importará que me maten: ¿de qué me sirve la vida sin ideales? Mas no hay que pensar en eso; trabajemos sin descanso, y luego que nos venzan, veremos qué podemos hacer... para levantarnos de nuevo... Pero, vamos á lo tuyo. Nos puedes prestar, si quieres, un servicio grandísimo: el señor Juárez está pendiente de una respuesta mía para la expedición de unas leyes que pueden ser la salvación de nuestra causa: se trata de arrojar el guante á la reacción, de salirle al frente probándole que no puede haber arreglo entre ella y el partido liberal. Mi respuesta al Presidente ocupa tres ó cuatro plieguecillos de letra menuda; pero ¿voy á confiarlos á un correo mercenario que los entregue al primer envite? Nuestros enemigos se enterarían de todo y quizás estorbarían nuestros intentos. Yo quiero que vayas tú llevando esa contestación y ejemplares de mi *Boletín clandestino*, para que se sepa en el puerto el estado de nuestras cosas en el interior. ¿Cuento contigo?

— Como contigo mismo.

— Ya lo sabía, me interrumpió Pancho; pero bueno es que dejes ese disfraz, que sólo al bueno de Chavota podía ocurrírsele. ¡Indio pollero un joven rubio, de ojos cómo

mi apellido, con manos de señorita y pies finos y chiquitines como niño de buena casa! Es mejor que te presentes como un buen mocillo, dueño de haciendas, que parte para Europa en el próximo paquete, con gran cortejo de maletas y baúles y llevando al lado una bolsita en que vayan carbonato para las indigestiones, chocolate en bollos para tomarle en las malas posadas y cepillos para los dientes, para la cabeza, para la ropa, para las uñas, para el sombrero...

— Son muchos cepillos, dije riéndome.

— Pues ahí está el secreto, insistió Pancho excitado. Las tapas de esos cepillos se desatornillan, en ellas se guardan los papeles, y listos.

— En ese caso, déjame que vaya á casa á prepararlo todo.

— ¡Qué casa ni qué niño muerto! Ya me ha explicado el gran Chava en qué grandes palacios se encuentran alojados. Además, tú no tienes una peseta ni manera de adquirirla legal ó ilegalmente; es menester, pues, que aquí te arregles disfrazándote de persona decente.

Salió, dió alguna orden, y á las dos horas ya estaba yo limpio, afeitado, vestido de nuevo, con un pasaporte y un pasaje de diligencia en el bolsillo, y como lo había dicho Zarco, bien habilitado de maletas, maletines y cepillos.